

hechas contra ellos se han empleado contra aquellos sagrados objetos, poniendo la sociedad al borde del precipicio. Fundados en estas razones no tememos por las comunidades religiosas, y sin pretensiones de profetas, creemos que las espera un brillante porvenir en época no muy lejana. La historia de nuestros días las va haciendo justicia, y vemos con placer que se restablecen los conventos en casi todos los países de Europa, apenas ha pasado el vértigo revolucionario. En París, donde reinan de asiento el placer y la disolución, se fundan á toda prisa casas de penitentes Capuchinos y austerísimos Carmelitas, cuya vida mortificada influirá favorablemente en la reforma de las costumbres, y en muchos puntos de Alemania y en la misma capital de Inglaterra, en donde no há mucho tiempo reinaba despóticamente el protestantismo, abren sin contradicción sus colegios los hijos de San Ignacio. El desengaño de tal manera se estiende que participan de él los doctores protestantes, aquellos mismos que tanto habían gritado contra los conventos y nos habían presentado la vida religiosa como opuesta á la ley natural y la mayor de las tiranías. Séanos permitido, para concluir, citar las palabras del acuerdo tomado por la universidad de Oxford, cuando no hace mucho tiempo se ventilaba en ella la cuestión que hoy nos ocupa. La resolución adoptada, despues de prolongados debates, por aquellos doctores anglicanos, fué la siguiente: «La supresion de los institutos religiosos, hecha por Enrique VIII, fué una verdadera calamidad para el país: las circunstancias actuales reclaman imperiosamente el establecimiento de corporaciones análogas entre nosotros.» Estas palabras de un cuerpo sabio, en el que siempre se ha defendido con ardor la causa de la reforma, justifican plenamente la verdad de nuestro aserto. Así es como el tiempo viene á hacer justicia á la doctrina católica; así es como despues de repetidas pruebas y estériles ensayos tiene por fin que abrazarse y seguirse el plan admirable del catolicismo. ¡Ojalá, Excmo. señor, que acaben de desaparecer para siempre prevenciones injustas y que sea estudiada, con la reflexion é imparcialidad que merece, la historia de los institutos religiosos! Entónces ganará mucho la causa de la Religión y de la humanidad.—He dicho.—Ma-

dríd 17 de junio de 1852.—*Saturnino Fernandez de Castro.*»

DISCURSO

LEIDO

POR EL SEÑOR DON FELIPE CANGA-ARGUELLES

al tomar posesion de la plaza de académico de número de la Real Academia de la Historia, el domingo 16 de mayo de 1852.

SEÑORES: Si el alto honor que la Academia me ha dispensado, recibiéndome en la distinguida clase de académico de número, escita en mi alma el sentimiento de la mas viva gratitud, el convencimiento de mi insignificancia literaria modifica la satisfaccion que experimento en este instante, al dirigiros mi voz, cumpliendo con lo que los Estatutos previenen para tan solemne acto.

Y ciertamente que si no recordára las muestras señaladas de benevolencia que me tiene dadas esta corporacion, mientras á la misma pertenezco en clase de académico de los correspondientes, mi ánimo habria de confesarse sin fuerzas bastantes para atreverse á aceptar un cargo que lleva en sí tan grandes deberes.

Apartado de las tareas literarias, que fueron en mi juventud las á que consagré con mas afán y entusiasmo mis estudios, y conducido á la vida pública, esa vida de agitacion continua, de azares y sucesos encontrados, en la que los años pasan confundidos, ¡cuál no será la sorpresa mia al ver inscripto mi humilde nombre entre los que, recordando obras y trabajos gloriosos para la república literaria, forman el catálogo de las personas ilustradas que componen esta respetable corporacion!

Atributo es de la sabiduria la indulgencia; y si á lo que mi valer no llegue puede suplirse para alcanzarla con el buen deseo, de seguro he de contar con un éxito feliz, pues le siento muy vivo y ardiente para imitar á los que, con desinteresado afán, se dedican á conservar el preclaro nombre que la Real Academia de la Historia ha conquistado ya en la república de las letras.

Hace algunos años mi buen padre, indivi-

duo tambien de esta Academia, al darle cuenta de una escursion literaria por la provincia de Asturias, esponia con grave sentimiento á su ilustrada consideracion, haber visto que muchos de los privilegios y diplomas que pertenecieron á los antiquísimos monasterios de San Vicente de Oviedo, Valdedios y otros (y que eran fuentes copiosas para la Historia) se habían extraviado, y que los demas papeles y libros de dichas comunidades se encontraban hacinados en las oficinas de amortizacion, expuestos á desaparecer por la apática negligencia de las manos encargadas de su custodia. «Mengua seria, exclamaba, que llegaran á perderse monumentos tan apreciables para escribir nuestra Historia política, la económica y aun la militar, en medio de la ilustracion del siglo en que vivimos.» Y como complemento de sus deseos, propuso á la Academia solicitase la autorizacion competente para que bajo su direccion inmediata se recogiesen todos los antiguos diplomas y privilegios, con los libros de cuenta y razon pertenecientes á los monasterios suprimidos.

Este pensamiento, de consecuencias tan importantes, y por cuya realizacion tanto se interesó la Academia, se ha llevado á feliz término, en cuanto el tiempo lo ha permitido; y lo que en 1839 no pasaba de un deseo, nos cabe hoy la satisfaccion de poderlo contemplar como un hecho consumado, poseyendo ya muchos y preciosos documentos, abundantes en datos que ilustrarán la Historia, libres de la inminente destruccion á que un esquivo desdeñó espuso, con mengua de nuestras glorias literarias.

Dispéñeme la Academia, le ruego, una digresion que pudiera creerse inoportuna. A la parte pequenísimá que he tenido en la realizacion de ese hecho á que se asocian recuerdos para mí muy gratos y coincidencias providenciales, debo la eleccion con que soy honrado; además, de él es de donde he tomado el asunto que constituye el objeto de mi discurso y que ha de ocupar vuestra atencion por algunos momentos.

Al volver la vista á todas esas preciosidades; al examinar el catálogo de tantos documentos, lanzados, por decirlo así, del sagrado recinto donde por espacio de siglos se guardarán con celoso afán por manos cuidadosas y

entendidas, era imposible prescindir de la consideracion de los grandes beneficios prestados á las ciencias y á las letras por las órdenes religiosas.

Los institutos monásticos han sido desapiadadamente hostilizados por la revolucion, sin perdonarse medio de hacerlos desaparecer del cuadro de los elementos civilizadores. La revolucion pronunció inexorable una sentencia de esterminio, y viéronse desaparecer instantáneamente entre los locos aplausos de la muchedumbre aquellas instituciones que en sus primitivos tiempos salvaron á la Europa de la barbarie.

El triunfo de la revolucion fué completo, y los pueblos imprimieron en su conciencia, como un axioma, que las comunidades religiosas eran un obstáculo para la marcha progresiva hácia la perfeccion y que no debían figurar en las sociedades modernas.

Apoderada la multitud de las teorías de los filósofos, interpretó segun su escasa inteligencia los principios que aquellos habían consignado en sus sistemas, y desde entonces acá se han repetido sin cesar contra el objeto de persecucion tan encarnizada anatemas terribles. No trataré yo de emitir un juicio, ni tampoco me detendré en consideraciones acerca de hechos entre los cuales hay algunos coetáneos.

Decidir de qué parte está la razon; apreciar las consecuencias de esa lucha terrible, en que viene agotando sus fuerzas la Europa moderna desde el siglo XVI hasta nuestros días, es tarea demasiado árdua y que me alejaria del objeto particular que me propongo. Si los institutos religiosos han debido ó no desaparecer; si es posible ó no que sin ellos puedan progresar las sociedades, cuestiones son, por su carácter político, en las cuales se necesita larga meditacion para resolver con acierto, y de todos modos me parecen poco propias de este lugar. No daré, pues, carácter político ni social en cierto sentido al asunto de que voy á ocuparme, y me limitaré á considerarle como puramente literario.

¿Qué parte han tenido las órdenes religiosas en la reunion de datos y noticias para escribir la historia? Su influencia; ¿se ha hecho sentir en los adelantos que alcanza este ramo importante de las ciencias? Hé aquí el tema de

mi discurso. Le desarrollaré con la mayor brevedad posible.

Para conocer la importancia de los servicios prestados bajo este aspecto por las comunidades religiosas, preciso es no olvidar la grande influencia que ha tenido el estudio de la Historia en los progresos del saber humano. La Historia, considerada al principio como una sencilla narracion de hechos, ha tomado después proporciones gigantescas; y hoy acuden á sus páginas, para aprender en ellas, cuantos se dedican á cultivar su entendimiento, explotando los ricos tesoros de las bellas letras y de las ciencias naturales, morales, eclesiásticas y políticas. Cuando el mundo social se hallaba en su infancia, los hombres no podían comprender ciertas necesidades; sus pretensiones científicas y literarias eran naturalmente muy limitadas. Por esta razon pasa mucho tiempo sin que aparezca un historiador profano, y las generaciones se contentan con la tradicion de los sucesos de sus mayores, oyéndolos narrar de una manera informe. Hubo después las crónicas, donde se consignaron los grandes acontecimientos; mas esto se hizo sin orden, sin método; y así es que, hasta que aparece el genio de Halicarnaso, el gran Herodoto, es en vano buscar un libro bueno de historia. A Herodoto, el primero que abrió un camino, al cual tanto ensanche se ha dado después, suceden Tucídides y Jenofonte. El inmortal libro de las Nueve Musas, la Guerra del Peloponeso y la Retirada de los diez mil son obras apreciabilísimas; en ellas se encuentran los fundamentos de las principales reglas á que hay que acudir si se han de conocer los brillantes fastos de las repúblicas griegas. Estos tres historiadores, entre los cuales hay tantas diferencias, hicieron un beneficio á la literatura, y conquistaron con sus obras el justo renombre que la posteridad les ha concedido en premio de sus trabajos.

La Historia, sin embargo, no habia hecho mas que dar los primeros pasos por la senda que era preciso seguir para alcanzar las condiciones científicas de que hoy se encuentra adornada. Desde Herodoto, que escribió su libro para leerlo al pueblo congregado en los juegos olímpicos, hasta Tácito, que escribe para que la humanidad fijando su vista en la

enérgica narracion de los hechos pueda comprender conmovida los horrores de aquellas escenas de sangre, hay una inmensa distancia. Todavía quedaba ancho campo que recorrer, y fué preciso transcurriese mucho tiempo hasta llegar con el auxilio de la Historia á la definicion y clasificacion de las distintas leyes que rigen los destinos del individuo y de la sociedad. Aparece el siglo del gran monarca, y el sabio obispo de Meaux funda una escuela histórica que utilizarán un día los hombres profundos de Alemania. Los discursos sobre la Historia universal, monumento de gloria para el siglo de Luis XIV, forman una época notable para el progreso de los estudios históricos.

Desde entonces se alza la Historia en la plenitud de su majestad, ostenta su poder, ejerce su alto influjo, y prodiga ejemplos de enseñanza para los reyes y los pueblos. Ya no es la Historia de Tucídides, de Tito Livio, ni de Salustio, ni de Tácito; no es la Historia de la sociedad pagana, falta de unidad en sus combinaciones y concretada al individuo; es la *Historia de Bossuet*, fijando las leyes que rigen los destinos de la humanidad, comprendiendo los sucesos todos de la gran familia del género humano. Para llegar á este punto habíase necesitado grandes esfuerzos; habia sido precisa la concurrencia de muchas circunstancias, de difícil apreciacion. Los historiadores que al ocuparse de la vida de los pueblos querían estudiar las costumbres, las leyes, la Religion y la política, tenían precision de buscar monumentos, de leer los libros en donde se consignaron los hechos sobre que iban á discurrir. De nada les hubiera servido la critica si no hubieran encontrado á que aplicarla. Una vez en posesion de las antiguas Historias y de las informes crónicas, fué posible escribir, y se escribió la Historia universal, con sus clasificaciones, con sus cronologías; fueron posibles las discusiones filosóficas, los comentarios críticos sobre la apreciacion de grandes acontecimientos históricos que habian ocasionado en todos sentidos grandes perturbaciones y trastornos en la natural marcha de la humanidad. Para que esto se verificase, para que la Historia pudiera escribirse así, fué utilísima en efecto la cooperacion de aquellos hombres, que, desprendidos de los afectos terrenos, consagra-

ban su vida con noble heroísmo á la contemplacion de Dios y al estudio de las ciencias.

Recordemos, señores, la confusion en que se encontró la Europa después de la caída del imperio romano. Las sociedades, hijas de la idolatria, habian sufrido mil transformaciones; todos los progresos de la civilizacion pagana se encontraban desarrollados en la orgullosa ciudad de los Césares. Las grandes monarquías, los celebrados héroes que tantos laureles conquistaron, ya no existían. Asiria, Persia, Macedonia, figuraban solo en las páginas de lo pasado. Roma también, rica en gloriosos monumentos, abrumada con el peso de su grandeza, sentía conmovirse los cimientos de aquel omnimodo poder con que en los días del triunfo avasalló los pueblos que juzgara dignos de su insaciable codicia. Las glorias de Catón, de César y de Augusto, se ven mancilladas con los crímenes cometidos por sus sucesores; y á la sombra de un trono imperial, tan lleno de gloria en otro tiempo, se vertía entonces á mares la sangre para saciar los feroces instintos de los Calígulas y Nerones. El desorden estaba en todas partes; en la religion, en la política, en las costumbres. Los emperadores compraban el cetro con el crimen, y sus palacios eran lugares de prostitucion; los magistrados no administraban justicia, la vendían; los nobles y los plebeyos y todas las clases habian roto los vínculos de union y sociabilidad. En este estado, Roma debia perecer y con ella la mayor parte de sus conquistas, el mejor de sus progresos, la unidad. Todo presagiaba la gran catástrofe; ningun oráculo habria conseguido evitarla; y si alguna misteriosa Sibila hubiese anunciado que Roma podia salvarse, las tribus del Tanais y del Danubio lo hubieran desmentido. Roma, pobre y potente en su cuna; rica, sabia y virtuosa en su juventud; viciosa y corrompida en su vejez, habia llenado ya su mision; sus destinos estaban realizados y era llegado el día en que la civilizacion del politeísmo con todas sus conquistas cediera el campo á otra civilizacion de mas gloria y de mas elevado porvenir. Los monumentos de la sociedad pagana se desmoronaron y cayeron hechos pedazos ante el sagrado madero que sostuvo en el Gólgota al Dios de paz hecho hombre para morir por el hombre. ¡Leccion sublime que nunca debiera borrarse de la me-

moria! Roma, representante de la fuerza, iba á morir por la fuerza. De repente, y cual fieras que encerradas y aherrojadas por mucho tiempo rompen las cadenas, y al recobrar su libertad talan y destrozan las tierras por donde pasan, así se precipitan sobre el caduco imperio las tribus vigorosas de las selvas de la Germania, destruyendo y aniquilando cuantos obstáculos se oponían á su incursion violenta. Los descendientes de los héroes del Capitolio, afeminados y corrompidos, no pueden luchar ni detener siquiera la marcha veloz con que caminan las victoriosas huestes de los hijos del Septentrion, conducidas por el bárbaro Alarico, impulsado por aquel poder misterioso que le llevaba á saquear y demoler la ciudad de los Césares.

La catástrofe presentida era ya un hecho consumado. La civilizacion antigua habia sucumbido y la barbarie se encontraba vencedora; pero no se habia perdido todo. Mientras en Europa se peleaba y se disputaban su posesion razas distintas, sembrando el dolor y la desolacion por todas partes, el cristianismo habia salido ya de las catacumbas y de las mazmorras, ostentando con lozanía sus abundantes frutos, y hacia sentir su benéfica influencia en favor de la afligida humanidad. Los bárbaros, que todo lo atropellaban, habian respetado los monumentos cristianos. Con asombro del mundo habíase visto á los destructores de las glorias de la sociedad pagana inclinar su frente y detener la planta ante la puerta de un humilde monasterio.

Esos recintos santos fueron los depositarios de la ciencia y de la virtud. A ellos acudían como al único asilo contra el devastador torrente, como á la tabla de salvamento en tempestad deshecha, los esclarecidos varones en cuyos pechos ardia el fuego de la Religion y germinaba el noble instinto de la sabiduría.

Allí se guardaron los manuscritos y las obras clásicas de la antigüedad; y desde los monasterios se verificó (asi puede asegurarse) la gran regeneracion de la sociedad humana.

Erigidos en los lugares mas á propósito, se agruparon á su alrededor poblaciones que, inspiradas por los sabios y prudentes consejos de los que habitaban aquellas mansiones de santo silencio y religioso retiro, supieron resistir á la depravacion universal.

Por espacio de tres siglos vagaron en las regiones de Occidente los godos y los vándalos, los francos y los sármatas y otras bárbaras hordas, que dejaban por todas partes en pos de sí tinieblas y horrores; solo de los claustros partían, por intervalos, algunos rayos de viva luz, algunos consuelos para la civilización moribunda. En los claustros se estudiaba; el pueblo recibía en ellos educación de virtud y de ciencia; allí se refugió la sabiduría; en ellos conservaron las artes sus secretos, y hasta la agricultura sus reglas y esperiencias. Allí se recibieron en depósito los manuscritos de Heródoto y de Aristóteles, de Horacio y de Tácito, de Homero y de Platon.

Las historias y las crónicas fueron escritas en los claustros; historias y crónicas sin las cuales fuera imposible conocer los hechos importantes de aquellos tiempos. Recuérdese el catálogo de obras que con tanta oportunidad se citan por un autor respetable: Adon, arzobispo de Viena, escribe una historia universal hasta sus días; Albon, monge de San German, canta en un poema latino el sitio de Paris por los normandos; Aymon de Aquitania escribe la historia de los francos; San Iyon ordena la crónica de los reyes de aquel pueblo. Las de Enrique I, de los Otones I y II, y de Enrique II, fueron obra de Ditkmar, y Ademaro formó la que comprende desde el año de 829 hasta 1029. Clavero regularizó la historia de Francia desde 980 hasta su tiempo; y Hotman, Sigiberto, Giberto, Hugo y otros muchos monges célebres, produjeron obras históricas apreciables, de grande utilidad para los progresos de la ciencia, y sin las que habria sido imposible dar un paso, como muy oportunamente lo indica el inmortal Chateaubriand.

El monacato cumplía su mision. Su establecimiento, consecuencia precisa del triunfo del cristianismo, debía con sus hechos mostrar que estaba llamado á regenerar las sociedades; y así es que desde el siglo VIII al XI la historia de los monasterios es la historia social de Europa. Todo lo dominaba, todos los grandes hechos eran suyos, y fuera inútil, porque esta verdad es evidente, detenerse á probar que la Europa le debió su salvacion.

El monacato, celoso propagador de las doctrinas de la Iglesia, presentándose como ejemplo vivo de santidad, y practicando las

divinas máximas del Evangelio, venció á los vencedores de todas las naciones; y al ceñirse los laureles de la victoria, pudo proclamar con su triunfo el de la Religion, el de la moral y el de las letras.

Estas ligeras observaciones demuestran lo que me he propuesto; que cuando sonó la hora de la disolucion de las antiguas sociedades, la civilización se habria perdido, si el cristianismo, y como consecuencia de él los monasterios, sus mas poderosos auxiliares, no hubiesen evitado con todos los medios de su influencia la consolidacion del dominio de la barbarie. Pero prescindiendo ahora de esa influencia que á todo se extendía, y presentándola mas en concreto, ¿qué hubiera sido de la historia sin la existencia de los conventos? La de esos siglos, en que se verificaban acontecimientos de tanta magnitud; en que los pueblos, guiados por esa ley providencial que con infinita sabiduría rige sus destinos, echaban los cimientos á su regeneracion, ¿podríamos conocerla sin las crónicas y los manuscritos que los claustros conservaron? Desde luego, y sin temor de ser impugnados, se puede asegurar que no. Europa, sin los conventos, habria ignorado los hechos de un gran periodo de su historia general.

Los Masillon, Montfaucon, Martene, Rannart, Bouquet, Lobineau, y tantos otros hombres ilustres á quienes se tributan los homenajes de la gloria, han existido en Inglaterra, en Italia y en Alemania.

Nuestro pais, señores, tambien debe á las órdenes religiosas todos sus progresos en la historia. Los monasterios, conocidos en España desde el siglo IV, se propagaron rápidamente despues de la conversion de Recaredo, y adquiriendo una nueva forma cuando en las márgenes del Guadalete pereció la monarquía goda, reasumieron y concentraron en sí la historia de nuestra civilización.

En la época llamada de la reconquista, cuando España se vió oprimida por el poder de la media luna; cuando, perdido casi todo su territorio, le quedaban tan solo las encrespadas montañas de Asturias, para hacer desde ellas el colosal esfuerzo que con universal asombro habria de probar al mundo que la España de entonces era todavía la de Sagunto y Numancia, los monasterios trabajaron mucho en

pro de la emancipacion, de la independencia del pais. Los monasterios tal vez lo hicieron todo, pues en ellos se conservaba aquel sentimiento religioso, aquella chispa eléctrica que inflamara el corazon de un héroe al tremolar sus pendones con la enseña de la Cruz en las montañas de Covadonga. Pendones con que fueron humilladas por primera vez las huestes agarenas, y que ondearon triunfantes ocho siglos despues en las torres de la Alhambra, último asilo de los hijos del desierto. Y si los monasterios tuvieron esta representacion por tanto tiempo, representacion que se halla confirmada por la multitud de privilegios y esenciones que les otorgaban los monarcas en premio de sus servicios, ¿cómo no habian de influir en todos los progresos de las artes y de las ciencias, y por consiguiente en los de nuestra historia? Evidentemente influyeron; pero para comprender mejor este influjo, conviene hacer algunas observaciones.

Los monasterios influyeron como sitios sagrados donde estaban depositados los tesoros de nuestra Historia; é influyeron tambien por medio de la concurrencia personal de los hombres insignes educados en el silencioso retiro de sus claustros.

Bajo cualquiera de estos dos aspectos, nuestro pais les debe grandes beneficios. San Pedro de Cardena, San Millan de la Cogalla, Oña, Sahagun, San Salvador de Leire, San Juan de la Peña, Ripoll, Covadonga, bastan, sin citar otros mil, para probar la importancia de los monasterios en el primer concepto. El historiador que haya querido dilucidar puntos dudosos, ha tenido que acudir á aquellos lugares para lograrlo. Los sucesos históricos de épocas importantes consignados en sus pergaminos con esquisito celo habrian quedado oscurecidos, á no haber llevado el historiador su planta hasta las frias bóvedas de los monasterios, con la esperanza de encontrar allí, confundidas en el polvo, riquezas de inapreciable valor.

Los archivos y las bibliotecas de los monasterios han sido fuentes copiosas de erudicion. Todos los documentos que de aquellos proceden, y que hasta ahora han sido patrimonio de la nacion, prueban la verdad de mi aserto. La Academia, al darse el parabien porque han pasado á sus manos, estimando la posesion en to-

do lo que vale, confirma mis observaciones en este particular. ¿Podria hoy ostentar como suyo ese tesoro, si los conventos no lo hubiesen conservado, librándolo de las injurias del tiempo y de las revoluciones sociales que todo lo arrasan y destruyen? Pero, si en tal sentido es innegable el benéfico influjo de los monasterios, la personal concurrencia de sus individuos en la grande obra de la regeneracion de la monarquía tampoco admite duda. A no haber dedicado sus trabajos, como perfectamente dice el mismo autor á quien ya me he referido, á escribir los sucesos que presenciaron Idacio, el monje de Viclara y San Isidro de Sevilla, nada conoceríamos de aquellos tiempos tenebrosos en que discurrían por el antiguo imperio los hijos de la Germania, y sin los anales compostelanos, y las crónicas de los monjes de Silos y Albelda, de los obispos Pelayo de Oviedo, Lucas de Tuy, Sebastian de Salamanca y don Rodrigo arzobispo de Toledo, tampoco se habrian podido conocer muchos hechos del tiempo de la reconquista.

Dignos son, pues, de nuestro respeto todos estos hombres ilustres, que con sus obras nos han dejado medios de desarrollar hoy el poder de la literatura histórica. Si la forma de sus trabajos no es tal que pueda satisfacer completamente nuestras exigencias; si sus áridos y descarnados bosquejos adolecian de graves faltas, sobre las cuales la ilustrada crítica tendria que ejercer su accion mas tarde, nadie podrá negar que la Historia de aquellos tiempos fuera todavía un verdadero caos para nosotros sin el auxilio de tan laboriosos varones. La Historia, como todos los demas ramos del humano saber, necesitó tiempo para desarrollarse, y necesita mucho todavía para alcanzar en sus obras el grado de perfeccion á que está llamada. Las crónicas y los demas trabajos históricos de los siglos XIII, XIV y XV no son bajo este punto de vista las crónicas ni los trabajos de los siglos VI hasta el XIII. Desde el autor de la Historia del Cid hasta Hernando del Pulgar hay una gran distancia; así como la hay desde este cronista, que floreció en tiempo de los reyes Católicos, hasta el insigne historiógrafo de Felipe II, Gerónimo de Zurita. Estas diferencias, sin embargo, nada prueban contra la influencia de los monges; antes por el contrario, son un motivo mas para apreciar la importancia de los